

Cucuzone saltó hácia ella de un brinco.

Luego fué puesta la escala, y el jóven desconocido hizo descender á sus dos compañeras.

Nadie pudo sufrir mas, y estalló una rebelion á bordo.

Peter Paulus entró en una agitacion tal, que Jack no recordó haberlo visto jamas en un estado semejante.

Cerraba los puños, é inflaba sus mejillas; su frente y sus orejas, rojas como la sangre viva, resaltaban en medio del amarillo apagado de sus cabellos.

Repetia:

—Yo quiere partir! partir inmedietlement.... ser intolerabel..... suplicio de Tantalous.... Yo ser súbdito ingles!....

Se mezcló entre la multitud furiosa de los pasajeros.

La otra multitud ruidosa del muelle, se reia con todas sus ganas, y azuzaba la insurreccion.

La barca, sin embargo, hacia fuerza de remos hácia el desembarcadero, llevándose al príncipe y sus dos compañeras, de las cuales una sola se volvió para dirigir una mirada burlona á los pasajeros del *Pausilippo*.

Peter Paulus se adjudicó esa mirada, y su rencor aumentó!

En medio de los gritos que llenaban el puente del buque, se podia distinguir fácilmente la voz gutural del mercader de algodón, repitiendo su patriótica protesta:

—Yo ser súbdito ingles!

La barca llegó al muelle.

El príncipe, la muger enlutada y Paola, montaron en el coche con blasones, que partió á galope y desapareció detrás del palacio del ministerio de Estado.

III.

LA STRADA DI PORTO.

UNA media hora despues, Peter Paulus estaba instalado en un cuarto, en el hotel de *La Gran Bretaña*.

Una hora mas tarde, se cubria con un traje que habia comprado espresamente para conservar el incógnito en sus viajes, y salia del hotel, sin ruido. Pasaba la Villa Reale, subia por la calle de Santa Catarina, y luego por la Strada di Chiaja, para llegar á los alrededores del puerto.

Eran mucho mas de las seis. La noche comenzaba á oscurecer. Peter Paulus marchaba á grandes pasos.

Un pensamiento le dominaba: queria hallar á la marchesa.

Peter Paulus traia cartas de recomendacion para los altos dignatarios de la policia.

Con un poco que ésta lo ayudara, en pocas horas podia hallar el retiro de la que habia escogido, entre todas, para adorarla frenéticamente, á lo Byron.

Llegó, sin haber tenido necesidad de preguntar el camino, hasta el ministerio de Estado, en donde se hallaba la direccion de policia.

Las oficinas estaban cerradas, como es de suponerse. Entró al aposento del conserje, y le manifestó que deseaba hablarle al señor Spurzheim, para un negocio de la mas alta importancia.

El conserje le dijo que el señor Spurzheim, enfermo hacia cuatro dias, se hallaba en su casa de la piazza del Mercato, al otro extremo de la ciudad.

Peter Paulus tenia un primo médico, que trataba á sus clientes por

medio de la *sudopatía*. Echó á correr hácia la plaza del Mercado, diciéndose á sí propio:

—Puesto que el director está enfermo, y yo tengo un primo médico, voy á importar la *sudopatía* á estas lejanas regiones.

Los alrededores del muelle y del teatro del Fondo estaban desiertos. No habia representacion aquella noche; pero en el momento en que Peter Paulus daba la vuelta al buzón de la posta, para hundirse en la parte vieja de la ciudad, un espectáculo verdaderamente extraordinario le hizo disminuir la vivacidad de su carrera.

El ruido, el movimiento, la charla, los gritos, los empujones, las risas que estallaban á lo largo del muelle cuando la llegada del *Pausilippo*, parecian haber emigrado á esta parte de la ciudad, centuplicándose al propio tiempo.

Se veian brillar y correr millares de luces, semejantes á fuegos fáuticos. Varios braseros humeaban y ardian en medio de la calle. A cada bocanada del viento, llegaba un olor de cocina mas y mas penetrante.

Peter Paulus se detuvo debajo de un farol, y hojeó su Guía manual.

El plano le indicó su posicion. Estaba á la entrada de la *Strada-di-Porto*, calle larga, bastante ancha, irregular y muy mal empedrada con trozos de lava; calle que penetra muy adentro de la parte vieja de la ciudad, dando vuelta al puerto del comercio y al *puertecito*, á tres ó cuatro calles de distancia.

En 1823, esta via conducia, por *Vico-Piccolo* y el *Sotto-Portico* de San Pedro, á la principal entrada del *Castel-Vecchio*, demolido en 1831.

Hácia la entrada de la calle de que nos ocupamos, se encontraba la célebre fuente de las Tres Vírgenes, cerca de la cual *Thommaso Aniello*, derribando su puesto de frutas y de pescado, el 7 de Julio de 1647, levantó el estandarte de la insurreccion contra los españoles. El mascarón de la fuente representa, segun dicen, la cabeza de *Masaniello*.

He aquí lo que Peter Paulus halló en su Guía, respecto á la *Strada-di-Porto*:

“Esta calle, muy animada y sumamente concurrida, llena de fondas y braseros al aire, en donde el pueblo hace sus comidas, presenta un espectáculo curioso á los extranjeros.

“Antes de penetrar en ella, es prudente poner en lugar seguro el reloj y las alhajas que lleve uno.”

Peter Paulus, siempre dócil á los consejos de su Guía, envió inmediatamente su cadena á reunirse con su reloj, en las profundidades de su bolsillo. Puso en la bolsa de su chaleco los botones de brillantes

de su camisa; se abotonó el paltó de arriba á abajo; y así preparado, afrontó valientemente los peligros de aquella calle.

Al cabo de unos cien pasos, se encontró envuelto por un grupo de tal manera numeroso y borruento, que le dieron ganas de taparse los oídos.

Las multitudes de Lóndres son mucho mas densas tal vez, y seguramente mas brutales. Se reciben allí, en el pecho, codazos mucho mejor aplicados; está uno espuesto á que le rompan las costillas.

Es inhumana, es homicida esa multitud, que se agrupa y se comprime silenciosamente en las horas de negocios, sobre las calles adyacentes á la *Cité*.

Ahoga á las mugeres, aplasta á los niños, y pasa sin voltear siquiera la cabeza.

Pero sus mil bocas no gritan, no rien, no cantan al propio tiempo.

Posee las ventajas de esa tristeza crónica, que es el reposo de Lóndres: se calla.

En Paris, la multitud es mas ruidosa, pero tiene buen corazón. Si aplasta á alguno por casualidad, se llena de desesperacion.

Ofrece veinte mil brazos, para llevar á un niño enfermo á casa del médico mas próximo.

Sin embargo, no vacilamos en decirlo: las multitudes napolitanas merecen la palma, tanto por su alegría, como por su bondad. Remolinean que es un gusto; se empujan, segun el arte, caen, se levantan, ondulan, zumban, giran, brincan, charlan y gritan de un modo verdaderamente inimitable.

Entre todas las multitudes napolitanas, la de *Strada-di-Porto* es célebre por su alegrísimo humor. Es una multitud gastronómica. Hay allí, cada noche, un banquete de diez mil convidados, en el cual no hay un solo cubierto.

Este festin chillón y burlesco, se prolonga entre los chistes, los dichos y los empujones, hasta las once ó las doce de la noche, segun la estacion. Centenares de fondas al aire, haciendo sus guisos *coram populo*, se disputan activamente el favor público. La sopa está por un lado, los guisos por otro, el asado un poco mas lejos; los postres se pasean encima de la cabeza de los vendedores.

Una sola mancha ensucia la gloria de esta feliz *Strada*; una mancha estensa, que ofende á la vez la vista y el olfato de los extranjeros: es la *acoquia*, comunmente llamada el rio.

En ese lugar, los rios no corren. Todo lo que se les da lo conservan. Son unos pequeños lagos inmóviles, llenos de un líquido viscoso, amarillo, negro, ó verdoso, que serian capaces de causar una peste en cualquiera de nuestras populosas ciudades.

Las inmundicias del tiempo de la dominación española están todavía allí. Ese fango podía ocupar los ratos de ocio de un anticuario.

En cuanto á la calidad, es de lo primero! es la quinta esencia de la infección!

Peter Paulus no escitó en el primer momento una atención muy grande. No sucedía aquí lo que en la mañana, en la calle del muelle. Se viene á la Strada-di-Porto para comer y para divertirse; no para correr detrás de milord.

Por otra parte, Peter Paulus, con su disfraz, porque un inglés no hace jamás una expedición semejante sin disfrazarse profundamente, por medio de una peluca y anteojos azules; Peter Paulus, decimos, se parecía, como dos gotas de agua, á esos cuarteles—maestros ingleses, cuya fisonomía es conocida del mundo entero. Lo que él llamaba su *kesquette*, era un sombrero de marina, de género enhulado.

Es raro que en el puerto de Nápoles no haya algún navío inglés, lleno de gentes, vestidas como lo estaba en aquella ocasión Peter Paulus.

Cada cual hacía en torno suyo sus compras, y devoraba sus golosinas, sazonando la comida, con picantes é ingeniosos dichos. De tiempo en tiempo se trababa alguna pequeña guerra con cáscaras de melón ó de otras frutas; pero era poca cosa, y Peter Paulus no recibió más que un cascarazo en la cara.

—Este ser moch courioses! murmuró limpiándose el rostro.

Se hizo, sin embargo, un poco á un lado, y se recargó contra un guardacanton, á unos treinta pasos de la fuente de las Tres Vírgenes, con el objeto de consultar su diccionario italiano sobre esa multitud de gritos que le ensordecían.

Había un reverbero encima de su cabeza.

Cercá de él había un grupo, compuesto en su mayor parte de mujeres.

Todas ellas hablaban á la vez, y Peter Paulus hojeaba su diccionario con encarnizamiento, siguiendo las palabras de su conversación.

Creyó comprender que se trataba de una ejecución próxima, de cadalso, de bandidos! y que el bandido encapillado se llamaba el barón de Altamonte!

Qué magnífico nombre! el barón de Altamonte!

Y qué fortuna la de Peter Paulus! llegar á Nápoles para ver eso!

Las comadres decían:

—La cosa será mañana!

—Y es buen mozo?

—Soberbio!

—Qué gusto! el último era jorobado.

Y lanzaron por lo alto las cáscaras de las frutas que comían.

—*Ostriche!* (ostras) gritaban sin cesar por veinte lados diversos. *Ostriche di fusaro!* . . . frescas como rosas!

Peter Paulus buscaba *Ostriche* en su diccionario, y antes de haberlo hallado, ya habían llegado á sus oídos una multitud de palabras:

—*Lasagne d'Amalfi!* *Lasagne fondente!*

—*Ravioli dolci!*

—*Macaroni di grano duro!*

Tres clases de pastas, de las cuales gustan muchísimo los napolitanos!

Peter Paulus abandonaba *ostriche*, para buscar *ravioli*,

—*Fritella calda!* *Frittata!* *Frittume!*

—*Carbonchios!* *carnesecche!* *carotate!* *cestole!* *scottate!* *essellate!* *me-gliaccie!*

—Buñuelos calientes! costillas de carnero! frituras!

—Tostadas, salechichones! tortillas de huevos! quesos! requesones! conservas! tortas!

El pobre Peter Paulus abandonaba una palabra, para correr tras otra, y no hallaba absolutamente nada.

El tumulto iba creciendo á cada instante, y parecía que la alegre turbulencia de aquel pueblo debía exceder bien pronto todo límite.

Repentinamente, en un momento en que la llama de un brasero se levantó viva y brillante, alimentada por la grasa que se derramaba de una sartén, la base de fuente quedó iluminada como á la mitad del día, y Peter Paulus percibió un grupo que no había notado antes.

Estaba compuesto de tres hombres de los cuales, el uno estaba descuidadamente apoyado contra la pared, bajo el nicho de una de las tres madonas; el segundo sentado sobre el pretil de la fuente, y el tercero acostado en el suelo como un perro, á los piés de los otros dos.

El primero usaba el traje de los pescadores; único traje que haya quedado bien caracterizado en Nápoles. Tenía los *calzoni* ó pantalón ancho de lana roja, la chaquetilla redonda, y el cinturón ó banda. Su gorro, de lana roja también, dejaba escapar las mizas desordenadamente rizadas de su cabellera castaña con reflejos rojizos.

Este hombre era magnífico. Un pintor hubiera querido copiar su actitud descuidada y viril al propio tiempo. Había en su indolente orgullo una poesía tan perfectamente italiana, que su aspecto hacía pensar involuntariamente en los soberbios tipos que el arte nos ha conservado.

Era esa cabeza que tanto gustaba á Veroneso, con más carácter tal vez y mayor efecto. Iluminada, como lo estaba, por aquel resplandor que venía de abajo á arriba, las partes prominentes de su rostro proyectaban sombras muy marcadas, que hacían resaltar más y más sus fac-

ciones, de una extraordinaria pureza. El gorro coronaba con gracia aquella frente poderosa, en donde irradiaba la inteligencia.

El cuello, que soportaba con una especie de pereza aquella cabeza tan bella, tenía evidentemente músculos de fierro bajo sus graciosos y redondos contornos. El torso era un compuesto de vigor y de elegancia, y jamas calzoni rojos dibujaron mejor un par de piernas mas bien formadas.

Pero todo esto, inteligencia y poder, estaba en reposo. El hombre dormitaba en ese *far-niente*, tan grato á las poblaciones meridionales.

Y todo eso estaba dominado además, por esa cosa de que hemos hablado en el prólogo de nuestra historia; por ese color, diremos, sombra ó rayo que se llama desdeñoso descuido.

✓ Descuido, desden, que en nuestro concepto es la fuerza misma, ó cuando menos la conciencia de la fuerza: la fe en sí mismo.

Sus miradas se fijaban hácia adelante, sin ver nada. Su pensamiento no se revelaba, sino por la meditabunda sonrisa que jugueteaba en torno de sus bellos labios.

El segundo, el hombre sentado sobre el borde de la fuente, tenía algo de marino; era chaparro, robusto, ancho de hombros, y fumaba con delicia una pipa, cuya chimenea le bajaba hasta las piernas.

Usaba también gorro de pescador; pero sus cabellos, que le nacían muy abajo sobre la frente, formaban como una especie de pico entre ambos ojos.

Cuando nuestros zuavos, esos terribles soldados, están delante del enemigo y no han tenido tiempo de hacerse rasurar la frente, suele aparecerseles una mecha semejante bajo su turbante.

El tercero del grupo, finalmente, no tenía, á decir verdad, ni forma ni traje. Era una maza rara, cubierta de harapos.

Estaba acostado en una actitud imposible de comprenderse, que un payaso, un gimnástico, un hombre dislocado de nuestros circos, un *clown*, como dicen los ingleses, no hubiera podido conservar por treinta segundos. Sus brazos y sus piernas, chistosamente entretegidas, frater nizaban no sé cómo, y le quitaban al cuerpo, enrollado como una bola, toda apariencia humana.

No se le percibía el rostro, que tenía oculto debajo de uno de sus brazos.

Tal era el grupo que salió repentinamente de entre las sombras, iluminado por la llama del brasero, y se presentó por un instante ante la vista de Peter Paulus Brown.

Este grupo escitó muy mucho su atención.

Peter Paulus Brown, considerado como tipo ó como resúm en de los

diversos habitantes de Cheapside, atacados del mal de Italia, ha extraído casi siempre de los *Guías Manuales*, una cierta suma de conocidos minutos artísticos.

Sabe que Italia es la patria de Rafael, de Guido y del Ticiano. Al poner los piés sobre el vapor que desciende por el Támesis, no dista mucho de sentirse cierto gusto por las artes.

Peter Paulus examinó el grupo descrito, con ojos de artista, y quedó contento, consigo mismo muy principalmente, á causa del buen gusto que manifestaba.

Pero aquel de los tres personajes que le gustó mas, fué sin disputa la extraña criatura que yacía acurrucada á los piés del pescador. Era admirador inteligente de los *désossés* y de los *contorsionists*, del circo de Asiley, y tuvo que confesarse que no había visto nunca una cosa tan notable.

La llama se apagó, y el grupo volvió á las sombras.

Los grupos fantásticos de los alegres comedores de macarrones, redoblaban la viveza de sus movimientos.

Peter Paulus había olvidado casi el motivo de su salida del hotel; tan ocupado así estaba con aquel espectáculo proclamado "curioso" por el mismo Guía.

Observaba con una mezcla de orgullo y de asombro, los costumbres de esos países extranjeros...

Dos hombres pasaron rápidamente delante de él.....

Se dirigían hácia la parte alta de la ciudad.

Los dos llevaban capas, cuyo embozo les cubría el rostro.

En el momento en que los dos hombres pasaban delante de él, uno de ellos pronunció palabras que Peter Paulus pudo retener exactamente.

El aspecto de estos dos hombres inspiró á Peter Paulus un vehemente deseo de saber.

Por otra parte, la frase italiana contenía un nombre, que él solo hubiera bastado para escitar la curiosidad de cualquiera, y elevarla hasta el grado de fiebre.

Un nombre que ocupaba un lugar en el *Guía*.

El nombre del mas célebre bandílo de los Abruzzos.

Los dos desconocidos habían hablado del Porporato.

Peter Paulus se puso á trabajar.

Con el auxilio de su diccionario, tradujo la frase oída.

La frase decía así:

Porporato no lo dejará morir.... Ha jurado por el Silencio, que antes escalaría mas bien, él mismo, las murallas de Castel-Vecchio!

IV.

DE LOS DIVERSOS MOTIVOS DE ASOMBRO DE PETER PAULUS BROWN.

PETER Paulus estaba seguro de su traduccion. El diccionario habia respondido palabra por palabra, y la frase italiana quedaba grabada en su memoria.

¡Cuántos misterios en tan pocas palabras!

Tratábase, sin duda, de ese baron de Altamonte, cuya ejecucion estaba fijada para el dia siguiente.

Pero ese terrible Porporato estaba, pues, en Nápoles?

Y qué cosa era ese juramento del Silencio?.....

La imaginacion inglesa no es fácil de ponerse en movimiento; y la atmósfera de la Cité de Londres, no desarrolla mucho que digamos el amor de lo fantástico.

Sin embargo, lo fantástico de cierto género, la poesía *bandidesca*, si nos es permitido espresarnos así, influye muy fuertemente sobre los cerebros londinenses.

Ana Radcliffe, la célebre cantora de tantos bandidos, era inglesa.

Peter Paulus ha devorado en otro tiempo los libros negros y terribles de Ana Radcliffe: esto forma parte de su educacion.

Al encaminarse hácia la Italia, nunca dejó de alimentar un poco la dulce esperanza, de encontrar en algun rincon los misterios del Castillo de Udolfo.

Penelope sueña tambien con los bandidos; pero vé á Rinaldo Rinaldini con frac negro, y guantes blancos.

Vestido así, Antonio Rocca se la roba y la conduce á una caverna de la Pouille, en donde se manifiesta muy galante y muy decente.....

Peter Paulus, ni se acordaba ya de la marchesa. Pues era ocasion de pensar en ella! Ahora mas que nunca queria reclamar el auxilio del alto empleado en la policia, al cual estaba recomendado, pero no era para hallar á la heroina de su volcánica pasion!

La marchesa estaba en menguante!

Hubiera sido necesario para hacerla subir de nuevo, que se hallara inopinadamente mezclada en esta nueva y tenebrosa intriga.

Para lo que Peter Paulus queria el apoyo del señor Spurzheim, era para introducirse en el calabozo del baron de Altamonte.

Y tambien para denunciar la presencia del Porporato en Nápoles, y dar cuenta de las palabras que la casualidad le habia hecho percibir.

Tomada esta resolucion, cerró vivamente su diccionario y su Guía, para emprender su camino hácia el centro de la ciudad.

En el instante en que iba á ponerse en movimiento, los dos hombres embozados se presentaron de nuevo á diez pasos de él.

Peter Paulus se volvió todo oidos.

Los dos hombres parecian examinar á la multitud con una mirada mas que curiosa. Algunos los saludaban. Otros se hacian á un lado ante ellos.

Un tercer personaje, enteramente parecido á ellos, se les reunió en el mero instante en que volvia á pasar delante de Peter Paulus.

—El jefe que tienen esta noche—dijo el recién venido—se llama Bel-demonio.....

Iba á proseguir.

Los otros dos le apretaron el brazo, y los tres se detuvieron de pronto, mirando á Peter Paulus con atencion.

Este oyó á uno de ellos que decia:

—Es el disfraz.

La idea de que eran gendarmes disfrazados, le acometió, é iba á exhibirles sus pasaportes, cuando un objeto, una mano, creyó él al principio, se apoyó sobre su hombro.

Al propio tiempo, una voz le decia alegremente:

—No te menees, marino, amigo mio, porque me harias hacer una machincuepa..... Tate!..... ya estamos!..... gracias!

Volvióse el inglés, y vió que el objeto apoyado sobre su hombro era, no una mano, sino un pié.

Habia servido de apoyo á un gran moceton, vestido de una manera heteróclita, para que se trepara sobre la corniza de una puerta medio arruinada.

Y el moceton le daba las gracias!

Hasta aquí la cosa era sencilla.

En el entretanto, los tres desconocidos habían desaparecido. Desde lo alto de su estrado improvisado, el moceton gritó de pronto con una voz de tenor, que dominó todos los ruidos próximos:

“Muy exactas y muy interesantes noticias sobre el pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real, y condenado á muerte por sentencia de la Consulta Mayor. . . . Su vida, sus crímenes, sus aventuras galantes. . . . Documentos que prueban que este bandido es, sin disputa, el verdadero Porporato, de las montañas de los Abruzzos. Cuatro páginas impresas con esmero, por Duchino, de la calle de los Libreros. . . . con el retrato del bandido y las piezas justificantes. . . . se vende á dos granos.”

Antes que el gran moceton hubiera acabado de recitar esta lección, un círculo compacto y chillón se había ya formado en torno suyo.

—A mí, Frasconi! á mí! á mí! gritaban por todas partes.

—Uno por mí! dijo también Peter Paulus, presentando una moneda de plata.

Frasconi, muy atareado, se olvidó de dar lo vuelto.

Peter Paulus obtuvo por su moneda de plata, un pedacito de papel de envoltura, doblado en cuatro, lo cual producía en efecto ocho páginas.

Sobre la primera de estas páginas había una estensa mancha de tinta: el retrato del barón de Altamonte, por otro nombre el Porporato.

El verdadero Porporato! porque la policía real había ya aprehendido, y los tribunales condenado, á cuatro ó cinco Porporatos!

Al día siguiente de la ejecución, Porporato, ese diablo, tenía costumbre de hacer alguna fechoría de las suyas, bien ruidosa, para demostrar claramente que se hallaba bueno, á pesar de los trabajos del señor verdugo.

—A mí! A mí! A mí!

La venta marchaba muy bien. Todos los brazos se tendían, y el bolsillo de Frasconi se llenaba rápidamente.

Peter Paulus, colocado en el centro del círculo, y cautivo por la multitud, trataba de leer su noticia, y no podía lograrlo. Pero el modo, cuando aquel papel parecía impreso con los piés!

No pudiendo leer, Peter Paulus meditaba. Ya sabemos cuánto ejercita la inteligencia el comercio de algodones!

Peter Paulus se decía á sí mismo:

—Estoy evidentemente en el centro de un océano de misterios. . . . Cómo conciliar el tenor de este escrito, con las palabras pronunciadas delante de mí, no hace un instante, por esos dos desconocidos que pasaban, y que, entre paréntesis, deben pertenecer á la policía ó á la clase mas

peligrosa de la sociedad? Si ese barón de Altamonte es el Porporato, se sigue de aquí que ese Porporato está debajo de buenos cerrojos, y debe ser ejecutado mañana. . . . En esta situación, cómo el Porporato podría haber prometido bajo el juramento del Silencio (lo cual me da idea de ser un terrible juramento) escalar los muros del Castel-Vecchio y libertar al barón de Altamonte. . . . Hay manifiestamente en esto algo que no sé; y lo mas corto y lo mejor, es irme derecho á ver al director de la Policía. . . .

Pero el círculo de gente humana se cerraba mas y mas en torno suyo.

—A mí! á mí! á mí! gritaban sin cesar.

Y tan luego como la venta aflojaba, la voz de tenor de Frasconi se dejaba oír con mas vigor:

“Muy exactas é interesantes noticias acerca del pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real, y condenado á muerte, &c., &c.”

Una mano fría tocó en este momento la de Peter Paulus, y le hizo cosquillas en la palma.

El socio de la casa Marjoram, Watergruel y Comp., no gustaba de chanzas. Volvióse bruscamente, y vió delante de sí á un hombre de su estatura, que usaba un vestido exactamente semejante al suyo.

Este hombre tenía la nariz metida entre el cuello levantado de su paltó, y sus ojos se ocultaban detrás de unos espejuelos azules.

—Hace calor en torno de Castel-Vecchio! le dijo este personaje en un tono confidencial.

Estas palabras fueron pronunciadas en italiano.

El primer movimiento de Peter Paulus fué consultar su diccionario; pero de veras que iba perdiendo la cabeza en medio de este torrente de aventuras.

Prefirió salir de una vez del aprieto, y contestó con tono rudo:

—No comprendel!

—En eso estamos! dijo el desconocido; pues voy á poner los puntos sobre las *ii*.

Y añadió, inclinándose al oído de nuestro gentleman:

—El hierro es fuerte, y el carbon es negro. . . .

Peter Paulus esta vez, en lugar de responder, le rechazó bruscamente. El otro le miró un instante con aire estupefacto, volvióle la espalda, y se perdió entre la multitud.

Entonces se operó un movimiento en el círculo que rodeaba á Frasconi.

Un concurrente acababa de establecerse en el próximo guardacanton.

Era una muger la nueva vendedora, quien gritaba con una voz de contralto:

“Noticias oficiales y las únicas autorizadas por el misterio de Estado concernientes al bandido Felice Tavola, falsamente llamado el barón de Altamonte, y más conocido aún con el nombre de “El Porporato.....” Lista completa de los hombres á quienes ha dado muerte, y de las mugeres que se ha robado..... Noticias pormenorizadas de su compañía..... nombres de sus cómplices. Se da noticia igualmente del lugar y la hora de su ejecución. Contiene su retrato muy parecido, dibujado al natural por uno de nuestros más célebres pintores..... Ocho páginas de impresión..... hermoso papel..... *cinque calle* (cinco centavos).”

Peter Paulus pudo desprenderse, gracias á las oscilaciones de la multitud, abandonando á Frasconi, para correr tras de la Marinaja, como llamaban por todas partes á la nueva vendedora de papeles.

Encontróse de pronto junto á ella, á causa de una ondulacion de la multitud, y presentó su mano para obtener una *Noticia*.

La Marinaja lo miró fijamente.

En vez de darle la noticia, le tomó la mano, y lo atrajo hácia sí.

—Por qué no estás tú en la Magdalena? murmuró ella. Has visto á Beldemonio?..... la hora se acerca..... todos los ingleses están allá!

Los ingleses! este era otro cuento!

Con qué habia ingleses en el asunto?

Qué diablo de conspiracion se tramaba, pues, en esa Strada-di-Porto, entre la espesa humareda de esos braseros al aire libre, y en medio de esa bulliciosa alegría?

La multitud, que se condensaba á cada instante, y se hacia más bulliciosa, más exaltada, tenia parte en la conspiracion?

Peter Paulus se inclinaba á creerlo. Miraba ya con inquietud á los que le rodeaban, y le parecia que tenian rostros amenazadores.

Aquellas risas no eran para él de buena ley; y toda esa alegría le parecia contrahecha.

Habia detrás de ese esceso de alegría, un volcan próximo á estallar!

De suerte, que Nápoles se hallaba positivamente entre dos volcanes, de los cuales el menos peligroso era el Vesubio.

Y sin embargo, sus esfuerzos por atravesar la multitud y correr á casa del intendente de policía, se disminuian y aflojaban. Se dejaba llevar de aquí para allá por el gentío, hundido como estaba en sus profundas meditaciones.

V.

EN DONDE LOS MOTIVOS DE ASOMBRO DE PETER PAULUS VAN EN CRESCENDO, Y DE COMO ESOS MOTIVOS CAUSAN MAS QUE ASOMBRO.

PETER Paulus se hallaba bajo un pórtico oscuro, á una distancia de unos diez pasos, poco más ó menos, de la fuente de las Tres Vírgenes.

—En fin—esclamó de pronto cerca de él una voz femenil, fresca y decidida—en fin, se encuentra con quien hablar..... Busco á Beldemonio hace más de un cuarto de hora.

Y un brazo pasó familiarmente debajo del suyo.

Quién era este nuevo personaje?

Era por esta vez una cosa tan extraordinaria, que Peter Paulus estuvo á punto de caer hácia atrás.

La muger que acababa de tomarle el brazo, era jóven, pequeña de cuerpo, viva en sus movimientos, y usaba el traje coqueto de las grisetas napolitanas.

Traía en la mano una canastilla de naranjas.

Bajo la fallita preciosa, cubierta de encajes negros, que cubria su espléndida cabellera, Peter Paulus habia visto brillar los ojos risueños de su marchesa.

Era su marchesa aquella vendedora de naranjas!

Se estremeció él tan bruscamente á esta vista, que ella le soltó el brazo.

—Qué tienes, Sansovina? le dijo ella.

Luego, viendo que su compañero no se movía, le arrancó el sombrero con un rápido movimiento.